

Me cuesta esfuerzo imaginar que el próximo 16 de noviembre en Sevilla, como colofón al que será el IX Simposio Nacional sobre Úlceras por Presión y Heridas Crónicas organizado por la GNEAUPP, se vaya a dar vida a la I Jornada Mundial por la Prevención de las Úlceras por Presión, promovida por la Sociedad Ibero-latinoamericana de Úlceras y Heridas y replicada en numerosos países europeos e ibero-latinoamericanos.

Hace tiempo una mezcla de responsabilidad, culpabilidad, desconocimiento y solidaridad tomó forma y permitió el nacimiento de nuestro grupo científico con sus ojos puestos en un problema de salud desconsiderado e invisible en los pacientes, considerados la mayoría de las veces de segunda y aislados por lesiones de tercera en un mundo profesional e institucional ignorante y de espaldas a la realidad; y una ciudadanía resignada bajo el credo de que eran procesos inevitables y poco importantes.

Hubiéramos querido, todos los que apostamos por este proyecto, haber terminado con un problema de siempre gracias al conocimiento y a las eficaces medidas preventivas que se han ido sumando y que hoy nos permiten evitar la mayor parte de los procesos, pero lamentablemente en este tiempo, en estas dos décadas, ha habido cambios notorios, pero todavía no se ha conquistado y hemos de seguir embebidos por ese digno empeño y elaborando acciones notorias.

La reciente Declaración de Río de Janeiro sobre la Prevención de las Úlceras por Presión como derecho universal, redactada y aprobada el octubre pasado por todas las asociaciones que integran la SILAUHE, será coreada al unísono en esa y en otras muchas jornadas por muchos profesionales, organizaciones, asociaciones de pacientes y ciudadanos hasta que su calado dé los frutos deseados. Declamada hasta que su consideración como epidemia en pleno siglo XXI se inscriba en los registros pertinentes y las acciones preventivas sean consecuentes con ella. Reproducida hasta que se borre un falso hito sobre la inevitabilidad de su aparición, que tanto ha salvaguardado a profesionales y organizaciones que no han hecho bien su trabajo.

Sus líneas abogan por el reconocimiento al valor y el bien de los que han interiorizado que estas lesiones, prevenibles, precisan de intervenciones firmes y decididas, de inversiones cabales, de defensa de las personas en riesgo como un derecho universal para todos los ciudadanos en cualquier espacio asistencial y situación. Sus palabras exigen que se prestigie o sancione por igual a aquellos que siguen, a la vista de sus actos, ignorando la relevancia de estos eventos adversos y que ponen en serio riesgo la seguridad de pacientes, residentes y usuarios en sus domicilios.

Esta declaración parte de que “es responsabilidad de los estados garantizar el derecho a la salud y a la vida de las personas” y se articula sobre siete objetivos para prevenir esta “epidemia silenciosa”, entre los que se encuentran: “garantizar la aplicación de criterios de calidad y evidencias científicas, y no solo económicos, en los procedimientos de selección de los materiales preventivos y terapéuticos”, “promover la investigación, el desarrollo y la innovación para avanzar en el conocimiento sobre los cuidados” o “fortalecer el liderazgo en la enfermería en el cuidado de estas personas, por ser los profesionales que tienen la formación más idónea y la posición en los sistemas sanitarios más adecuada.

Queremos que esta Jornada Mundial sirva de caja de resonancia entre países y continentes, para hacer un llamamiento único a la sociedad, informando abiertamente sobre las graves consecuencias que acarrearán y la certera evitabilidad de la mayor parte de estas lesiones. Una voz firme a las organizaciones e instituciones que les recuerde su responsabilidad. Un eco que cerque a la mayor parte de los profesionales de la salud y les traslade un nítido mensaje sobre su implicación ética y legal y obligación de emprender acciones preventivas y terapéuticas de calidad.

Nuevas jornadas mundiales se seguirán convocando, hasta que seamos capaces de hablar en pasado del desolado paisaje que viene dibujando este grave problema de salud pública, estas desafiantes y vergonzosas úlceras por presión.

J. Javier Soldevilla Agreda
Director de *Gerokomos*